

Ramón Pacheco
"Aventuras de Enrique en la
Exposición Internacional de
Chile en 1875"

Santiago: Imprenta Franklin,
1875

AVENTURAS DE ENRIQUE

Pacheco, Ramón.

Aventuras de Enrique en la Exposición
Internacional de Chile en 1875.

Santiago 1875

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

1996

MICROFILMADO POR BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE.

EN LA

ESPOSICION INTERNACIONAL DE CHILE EN 1875.

POR

RAMON PACHECO.



SANTIAGO:

IMPRESA FRANKLIN, INSTITUTO 26 c.

1875

GASTOS IMPREVISTOS.

—Vengo de la Esposicion, me dijo Enrique, a las nueve de la noche del 10 de octubre de 1875.

—¿I qué has visto en ella? le pregunté con esa calma del que, tranquilo en su casa no ha pensado siquiera en las emociones que pueden probarse fuera del hogar.

—¡Bah! exclamó él. Eso es mas facil de preguntar que de decir. ¿Podrias tú dar una idea de todas las maravillas del mundo? Talvez si estabas dispuesto a ocupar unas mil o veinte mil pájinas de un libro en folio; pero si no disponias mas que de unas pocas horas de la noche para decir cuanto has ambicionado, cuanto has tenido que bendecir i maldecir, dirias como yo, i como ántes que yo dijo San Agustin o no sé cual otro santo varon: «ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni la lengua humana es capaz de pintar, etc.» En fin, hé aquí mi pequeña historia, que si quieres, dala *ipso facto* al público.

«Yo, Enrique Ramos, soi como tú sabes un pobre, es decir, *un pobre diablo* en el lenguaje pintoresco del pueblo. Esta sola confesion te bastará para creer que hoi, el dia en que

se ofrecía al público un gran festival en que tomarían parte, no solo las bandas de música de la capital sino también los coros de Deutscher Sängerbund de Valparaíso, fué el primer día, también, que yo visitaba ese «gran torneo de la industria» según unos, «gran torneo de las artes» según otros, i «gran torneo de la civilización» según los que extienden su vista más allá de un horizonte limitado.

Yo no acepto ni a los unos ni a los otros; yo la llamo simplemente: «la exposición de las vanidades de la vida.»

Pues bien, yo fui hoy a esa exposición. ¿Crees que por el festival? ¿Crees que por oír la voz de los alemanes? No, amigo mío: fui, simplemente, porque la entrada importaba cincuenta centavos, es decir, la mitad de lo que me habría valido algunos días antes ver... ¿qué? voy a decírtelo en globo.

Primero, esa linda plazoleta que sirve de entrada, i qué, si nada tiene de admirable, al menos es una entusiasta preparación de lo que hay que ver más tarde.

Entré, dando en la puerta, por consiguiente, mi boleto comprado en una de las cigarrerías de Montes.

El golpe de vista era magnífico. A la izquierda, el pintoresco i soberbio palacio de la Exposición, i aquí allá, medio velados por los arbustos, el Gran Anexo, el Restaurant Internacional i el bello pabellón de Rosse Innes. Al frente, en primer término, la estatua de Pedro Valdivia, i luego el *chalet* o *kiosko*, bautizado con el nombre de nuestras tierras en actual litigio—la desierta Patagonia—i por fin, el edificio que poseía el Jardín Botánico. A la derecha el departamento destinado a los productos de una hacienda de Cauquenes, i luego, elevándose orgulloso i tentador, el gran tonel construido por T. Schrader para refrescar las siempre ardientes fauces de los chilenos.

—¡No! me dije consultando mi escuálido bolsillo; aunque me sienta devorado por la sed, yo no puedo, ¡pobre de mí! visitar ese tonel. Ahí está la espumosa i aromática cerveza de Valdivia... ¡ah! quién la bebiera aunque no sea de Baviera!...

Cerré los ojos i corrí al palacio.

—¡Cómo! exclamé al ver el bello pabellón que sirvió para la apertura, i que yo por mi pobreza, no pude ver en ese gran día. ¡Cómo!... ¿Tan pocos objetos hay que exhibir, que este bello edificio está completamente desocupado?

Pero al notar su lijera construcción i ver al frente el soberbio monumento de cal i ladrillo, esas dos materias que el hombre ha reunido para conseguir la solidez, me dije:

—¡Bárbaro! es ahí donde está todo lo que tú puedes desear!

Corrí a él para devorar con mis miradas lo que encerraba; pero me detuve: había visto un escudo.

¡Era el escudo chileno orlado por nuestro tricolor!

Símbolo, religión o poema, la bandera nacional hará latir siempre de entusiasmo nuestro corazón.

Sin embargo, no me detuve gran tiempo en verla, ni aun estudié la grandiosa fachada del edificio. Los cincuenta centavos gastados un momento antes, me decían:

—¡Aprovecha el tiempo!... Tienes mucho que ver!...

Un espectáculo magnífico se ofreció a mi vista.

La jente iba i venía en inmensos, estensos, grandes salones; todos llenos de productos del arte, de la agricultura, de la ciencia i de qué se yo... Aquí los muebles que con sus mullidos tapices convidan a la indolencia: ahí los productos viciosos de la naturaleza que llaman a explotarla: allá las artes que inspiran a los poetas, i acullá i por todas partes,

las riquezas, las maravillas, i cuanto el hombre ha inventado!... Yo, viéndolo todo, no ví nada!... Quería contemplar las bellas artes, esas chispas del jenio, i fué allí adonde me dirijí. Pero la tarea era superior a mis ojos; dí una sonrisa a los bellos mármoles cuyas perfecciones nos presentan la realidad, i una mirada de admiracion a las pinturas que nos recuerdan i nos ofrecen a la vez el presente i el pasado!...

Quejándome del destino porque no habia puesto en mis manos la paleta de un Rafael, la inspiracion de un Miguel Anjel, el jénio de un Cellini, la fecundidad de un Murillo, i la maestria de un Rubens, salí de ahí cabizbajo i meditabundo pensando en la inmensa distancia que separa unos de otros a los hombres.

Tenia sed: una sed que me devoraba.

A derecha e izquierda tenia con qué apagarla; pero, ¡oh desventura!... El hacerlo costaba dinero!...

Tenté uno de mis bolsillos, el único en que sonaba un poco de dinero, que debia entregar al dia siguiente a un porfiado acreedor.

—¿Qué haré? me dije dando una mirada avara a las dos *graciosas mozas* que servian en la *sodería* de la derecha.

Debo confesarte que si miré avaramente a esas criaturas tambien miré con avidez las espumosas copas que servian. Sin embargo, i a pesar de mi sed, habria preferido un sorbo, un pequeño sorbo siquiera, de lo que ellas pudieran dar sin servirlo en una copa.

Atraído por el doble atractivo de la bebida i de la mujer, me acerqué, vacilante i tímido el paso, hambrienta i codiciosa la mirada, i un tanto temeroso pero ya casi dispuesto a abrirse el bolsillo. (¡Pobre mi acreedor!...)

—¿Qué pediré? me dije sin saber lo que se servia i temiendo caer en ridículo si pedia ron cuando solo habia horchata.

I junto con este embarazo, que no por ser de minutos en lugar de ser de meses era menos pesado, vino otro a unirse con el primero.

—¿Cuánto vale la copa, esas copas con pié de plata i mil vistosos calados? ¡Dios mio!... I esas bebidas, ya blancas, ya color de ópalo, ya imitando a la rosa, o robando el encarnado a las mejillas de las jóvenes que las dan, es decir, que las venden, ¿cuánto importan, santo cielo? Por salir lucido de este conflicto, yo arrojaria un peso, un gran peso recién sellado, en ese platillo que han puesto en el mostrador. ¡Un peso por una copa!... Mucho sería; pero, ¿i si los que han estado ántes que yo, tratándose de aparecer como jenerosos a la vista de esas graciosas criaturas de cuello i espaldas redondas, de mirada viva i hechicera, de boca rosada i graciosa, de un todo mas grato que la mas suave bebida; tratándose de ellas, o mas bien, tratando con ellas, digo, han puesto en sus manos un escudo, un doblon, ¡un cóndor!... ¿I si yo hiciera lo mismo?... ¡Nó! nunca!... Se reirian de mí! i yo me moriría de vergüenza. Aparentemos que solo nos ha traído la curiosidad, que nos son tan indiferentes las bebidas como las que la sirven... Eso es: ahora que se ocupan de servir a otros, larguémonos, pero no mui lijero que conozcan que lo hacemos por no gastar. Démosnos aires de contemplar con mucha atencion, ora el musgo que borda los senderos, ora las banderas que flamean en los edificios, ora en fin, i aunque descendamos a esa nimiedad, el polvo que empaña el lustre de nuestro calzado.

¡Respiré! habia llegado a terreno neutral!...

Pero mis fauces ardian, mi lengua quemaba i sentia un vivo despecho. Desde el lugar en que me hallaba, veia las dos *soderias* i podeis figuraros que la tentacion era doble, o mas propiamente, cuádruple, pues eran cuatro las hijas de Eva que contemplaba.

En la *soderia* de la izquierda, noté con regocijo que habia un mozo que ayudaba a las *jeunes filles*.

—¡Aquí es la mia! me dije. Me haré servir por él, i podré preguntarle: ¿cuánto vale?—A una jóven sería tremendo hacerle tal pregunta, por mas que he visto a muchos que la han hecho a propósito... ¿de qué?... otro dia recordaré; por ahora lo urgente que hai es hacerse servir del mozo.

Llegué, i el maldito embarazo volvió a hacerse sentir. ¿Qué pedia?

Felizmente oí una voz que dijo:

—¡Una cidra!

Me pareció mui poco correcta la frase; pero al fin era ya para mí la piedra filosofal.

—¡Cidra! dije al mozo un tanto despacio, por si me ponía en ridículo quitándole el *una*.

¡El infame no me hizo caso! Lavaba afanado vasos para pasarlos a sus *patroncitas*.

Esperé unos cuantos minutos i volví a dar mi órden cambiando la voz en *piña*, que tambien acababa de oír.

¡No fuí servido por él! Fué ella, una de ellas, con sus manos blancas i gorditas, la que me pasó sonriendo la elegante i dulce copa!

Por un momento, me creí Júpiter servido por Hebe.

Bebí a pequeños sorbos, no tanto por gustar de la sabrosa bebida, como por ver cuanto pagaba por la suya uno que estaba a mi derecha.

Dió un peso.

—¿Si le darán la vuelta? me pregunté.

Respiré a dos pulmones. Mi colega de la derecha recibió cuatro francos. ¡Luego no importaba mas que uno, un solo franco la copa!... Yo no pasaría un peso, nó, me daría rubor recibir vuelta de unas manos tan bonitas. Dí el franco i me alejé alegre i satisfecho!

Apagada mi sed i mi curiosidad, volví a entrar a las hermosas salas.

La jente aumentaba momento por momento. La galería que rodea el salon del centro, a mas de su valioso i elegante balcon, presentaba un cúmulo de graciosas cabezas en que hacia un efecto encantador el rubio cabello de la una con el negro i reluciente de la otra; el blanco i ligero vestido adornado con rosas, i la severa i elegante saya festoneada con terciopelo. Los abanicos, ajitados por manos encantadoras parecían decirme: “Ven, ven” no al cielo donde van los justos sino al lado de esos pedazos de gloria que llamamos mujer.

Fluctuaba entre permanecer abajo o subir, cuando noté que dos ojos, los mas negros i hermosos ojos que he visto en mi vida, se fijaban en mí.

La mirada que se resbalaba por entre aquellas sedosas i crespas pestañas me llegó al corazon como la sacudida que se experimenta al contacto de una pila de Volta. No habia mas que una mujer, la graciosa Ofelia, que pudiera mirarme así. Aquellas pupilas mas negras que el azabache nadando en un dilatado mar de leche, no podían sino pertenecer a ella.

Desde aquel momento, industrias, ciencias, artes i cuanto me rodeaba, no tenían para mi valor alguno. Si amaba el

arte en su mas sencilla acepcion, estaba ahí el peinado i los vestidos de Ofelia; si en parte mas elevada, la música no podia compararse con su voz: las estátuas con su cuerpo, ni las pinturas con su espresion. Ella habia robado a Venus su voluptuosidad, a Diana su jentileza, a Terpsícore sus gracias i a todas las Diosas sus mas bellos atributos.

Deslumbrado por aquellos ojos, fijé en ellos los míos; i entónces, apercibiéndose de que yo los miraba, me sonrieron dulcemente.

Luego, i tras un fujitivo saludo, el abanico que ella tenia en las manos se movió repitiendo esa palabra que yo habia creído ver escrita con el vaiven de los demas.

No me hice repetir la invitacion.

Corrí a la ancha escalera, e hiriendo con mis pies el brillante mármol, salté de tres en tres i de cuatro en cuatro, los lujosos escalones.

—¡Ofelia! le dije llegando a su lado i miéntras estrechaba su pequeña mano. ¿Ud. aquí? por qué rara casualidad?

—Estaba impaciente por ver esto, me dijo devolviendo con una lijera presion de sus sonrosados dedos, el demasiado afectuoso apretón de manos que yo la daba.

I dirijiéndose a una jóven que habia a su lado,

—Margarita, le dijo; te presento a un amigo: el señor Enrique Ramos.

Cambiamos el saludo de regla, tanto con ella como con dos niñas mas que eran sus hermanas, i tuve la felicidad de ocupar una silla al lado de Ofelia.

Hablamos de lo único que podíamos hablar estando en aquel lugar: de lo que ella vió sin poder detenerse, en una pasada a la lijera que habia hecho por los salones. Su amiga deseaba oír los coros alemanes, pero ella habria preferido

recorrer uno por uno i ver detenidamente tantos objetos maravillosos. Finalmente, me dijo que, si habia tardado tanto en ir a la Esposicion, era por no haber encontrado con quien acompañarse hasta ese dia.

No queriendo perder la oportunidad que se me ofrecia para rebatir su temor de *salir sola a la calle*, le dije:

—¡Cómo! ¿I ha sido esa nimiedad la que ha detenido a Ud.? Se ha jeneralizado bastante la costumbre de que las señoras casadas i viudas anden solas.....

—Sí, me interrumpió; para ir a las iglesias, i cuando mas, para ir a una tienda i comprar una vara de encajes; pero asistir a una fiesta como en la que nos hallamos, seria mui censurado.

A falta de otra cosa mejor, le dije que en Europa, Estados Unidos, i aun creo que en Asia i Nicaragua, las señoras i señoritas iban solas a todas partes.

—Pero nosotras estamos en Chile, replicó Ofelia sonriendo como solo ella sabe i puede sonreír.

Los abogados cuando reciben de su contrario un golpe contundente, apelan a perífrasis,—*Periphrasis, vel circumlocutione uti*, como nos decia nuestro profesor—i yo mas de una vez los he oído echar mano de argumentos tan absurdos, que habrian hecho ruborizarse a un estudiante de primer año de derecho. Pues bien, yo que me sentí batido, ocurri a una defensa de pésima lei.

—Quien viene a la Esposicion, le dije, no puede decir que se halla en Chile. Aquí está la Europa i la América con todos sus reinos, imperios i repúblicas; i si bien es cierto que a cualquiera parte que dirijamos la vista encontramos algo de nuestro suelo, tambien lo es que este recinto simula ad-

mirablemente a la histórica arca de Noé cuando vagaba sobre el mundo repleta con todo lo criado.

Ofelia tuvo la galantería de encontrar ingeniosa pero no convincente mi asercion, i pasamos a hablar de otra cosa.

—¿Ha visto Ud. las pinturas? me preguntó.

—Sí, las he visto, le dije; pero no las he estudiado aun; me preparaba a hacerlo, agregué en voz baja, cuando ví a Ud.

—¿Cuánto siento haberlo privado de ese placer!...

—Es que al venir aqui, no he hecho otra cosa que preferir el mas bello cuadro que en este momento posee la Exposicion.

—¿Cómo! ¿hai alguno por aqui? Yo creia que todos éstos eran dibujos.

I al decir con sonrisa picarezca lo que antecede, me mostraba los planos i proyectos de edificios con que está adornada una de las paredes de la galería. Luego, notando el cuadro que representa el incendio de la Compañía, agregó:

—¡Ah! me habia equivocado! Ahí tiene Ud. en aquel extremo un grupo de llamas. ¿Son ellas las que lo han atraido?

—Nó, le dije; son demasiado rojas para llamar la atencion; i si en algunos pequeños toques el efecto de la luz puede atraer, confieso a Ud. que no es esa luz la que me ha traído.

Sea que adivinara en la mirada espresiva de mis ojos la direccion que yo queria dar a nuestra plática; sea que efectivamente se sintiera atraída por los acordes armoniosos que en aquel instante se dejaban oír, mis palabras quedaron sin respuesta. En cambio, una mirada de sus negros i brillantes ojos pareció decirme:—Te comprendo... pero, calla!... Hai tantos oídos indiscretos!

Obedecí, i durante largo rato escuchamos las modulaciones

cargadas de melodías que los arcos arrancaban a la pulida madera.

¡Qué bien resuena la música ahí...! Las voces, ampliándose en aquellas salas estensas i elevadas, adquieren un timbre imponente i lleno de majestad. Sin ser religioso ni demasiado crédulo de la historia, uno se siente atraído a pensar en el gran templo construido por Salomon. Pero dejemos esto.

Margarita, instigada por una de sus hermanas menores, dijo a Ofelia que si queria ir a recorrer los salones mientras ella oía el concierto, lo hiciese acompañada de la jóven.

Ofelia aceptó con gusto, i yo me apresuré a ofrecerle mi compañía que creo fué admitida con placer.

Desde aquel instante, Ofelia me pertenecía por completo; es decir, tanto cuanto puede pertenecer una jóven que se apoya en tu brazo para dar un paseo por un lugar cualquiera.

Pedí inspiracion a todas las musas, i con voz sijilosa pero persuasiva, la hablé de mi amor, sentimiento largo tiempo contenido por las barreras que ella oponia a mis aspiraciones.

Fué inútil que me hiciese notar el gran mapa que muestra en relieve todos los cordones de cerros que encierran a Chile: yo no me encontraba dispuesto a estudiar jeografía, sino a profundizar i perfeccionar las teorías que Venus i Cupido me habian enseñado.

En los labios de Ofelia, cáliz purpurino rociado con las perlas de la juventud, buscaba yo el néctar embriagador que hasta el instante en que la conocí, solo habia bebido en mis ensueños, o mas bien, en la prosaica soledad de mi lecho.

Bajamos lentamente la escalera que yo habia subido con tanta rapidez, i por mi parte, habria querido que fuese infi-

nita como la de Jacob para no dejar de sentir en mi brazo la presión de su mano.

Los primorosos bordados i otras obras de aguja que se exhiben a derecha e izquierda de la escala, pasaron desapercibidos para nosotros. Se diría que ambos, a pesar de que descendíamos, montábamos el carro de Elias para elevarnos al cielo, que es la verdadera patria del amor.

Llegamos a la galería de pinturas, i entramos a la sala de nuestra izquierda.

El primer cuadro que talvez por su tamaño llamó la atención de Ofelia, fué la alegoría de la Independencia de Chile.

—¿Qué representa eso? me preguntó indicándolo con su abanico.

—Vamos a saberlo en un instante, le dije llamando a un niño que vendía catálogos.

Sin acordarme mucho de mi acreedor, pagué los cincuenta centavos i busqué el número 264.

—Esa tela ha sido dibujada por el señor Miguel Campos, dije a Ofelia, i representa a Chile rompiendo las cadenas de su esclavitud.

—¿I esa horrible vieja que parece huir?

—Aunque el catálogo no dá esplicaciones del pensamiento del autor, creo no equivocarme al interpretarlo. Esa vieja es la decrepita España, a quien la Libertad, arrancándole la máscara, arroja de Chile.

—Eso es, dijo Ofelia; i luego la Libertad protege a los naturales con nuestro pabellon. Es bonito pensamiento.

—¿Le parece a Ud. lo mismo la pintura?

—Usted sabe, replicó sonriéndose, que yo no sé distinguir lo bueno de lo malo.

Como yo lo que sabia era lo contrario, comprendí que Ofelia no queria emitir por aquel momento su opinión.

—¿Qué bueno es ese retrato! exclamó ántes que yo pudiera contestarle e indicándome el núm. 262.

—Para saber quien es, le dije, no se necesita ver el catálogo. Aun flamea en nuestra Catedral el remendado pabellon de la España que ese bravo oficial arrancó del Covadonga.

—¿Cómo! ese retrato es el de Williams Rebolledo?

—Sí, de él; pero mas jóven, mucho mas jóven; i es debido al pincel del señor Caro, de quien va Ud. pronto a ver dos cuadros magníficos. Aquí los tiene Ud. Son dos cuadros de costumbres nacionales.

Ofelia los contempló largo rato sonriendo con satisfacción. La jóven que la acompañaba empezó a enumerar la naturalidad, la espresion de los personajes; pero Ofelia la interrumpió diciendo:

—¿Esto es precioso i no puede verse a la lijera!... Vendremos otro dia, ¿no es verdad?

—Muchos otros, le contesté, pues a mí habia dirijido sus últimas palabras.

Indicándole en seguida «La abdicacion de O'Higgins,» le dije:

—Pertenece al mismo pincel.

Despues de examinar el cuadro un momento, dijo:

—Se parece a O'Higgins.

—Tiene Ud. razon, le contesté sonriendo; se parece a él. Veamos lo que nos dice el catálogo.

Enrique interrumpió su narracion para preguntarme:

—¿Has leído la esplicacion que da el catálogo sobre ese cuadro?

Contestéle que nó, i Enrique agregó:

—Pues bien, voi a leértela para que aprecies en su debido valor la respuesta que me dió Ofelia cuando la hube leído el párrafo del catálogo.

Helo aquí:

«261. Caro, Manuel A.—La abdicacion de O'Higgins.—
Reseña histórica: En la época de revueltas que siguió a las últimas victorias alcanzadas contra los españoles, la administracion del dictador O'Higgins se habia hecho odiosa para una parte del país, i el pueblo de Santiago llegó a exigir que aquel dejase el mando supremo. Despues de idas i venidas i cambio de mensajes, O'Higgins, dueño de la fuerza, consiente sin embargo en ir al Consulado, lugar en donde le aguardaban los delegados del vecindario de Santiago: Infante, Errázuriz, Guzman, Eyzaguirre i otros, i acompañado de los jenerales Pereira i Cruz se presenta en la sala vestido de todas las insignias del mando. Se trava ahí la discusion, i O'Higgins, ántes que causar el luto de su patria llevándola a la revuelta, deposita sus insignias sobre la mesa del Consulado i abdica el mando en un discurso lleno de dignidad que termina: «Llevo al ménos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominacion extranjera, respetado en el exterior, cubierto de gloria por sus hechos de armas... Ahora, señores, soi un simple ciudadano; podeis hablar sin inconveniencia. Que se presenten mis acasadores; quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar; salid i acusadme! Tomad de mí la venganza que querais; no os opondré resistencial ¡Aquí está mi pechol» Este es el instante que toma el artista para su composicion, i es en el que la Asamblea conmovida aclama en su inmenso ¡Viva! al jeneral O'Higgins.»

Cuando concluí de leer esto, pregunté a Ofelia:

—Ahora que Ud. conoce el pensamiento i la idea del autor, ¿qué le parece su obra?

—¡Por Dios! exclamó ella. Este cuadro es demasiado para una mujer, que regularmente no sabe decir mas que *bonito* o *feo*.

—Bien; en ese sentido dé Ud. su opinion.

—Bueno: pero no se ria Ud. de mí. Yo no podré decirle si el colorido es bueno, si las líneas son perfectas. Talvez me engañe hasta en la opinion que voi a dar.

—¡No importa!... Hable Ud., Ofelia.

—Cuando Ud. leia, me dijo, acerca del heroísmo con que ese jeneral se desprendió del mando, buscaba en su mirada, en su espresion, esa amargura que espresa el resentimiento, que da a conocer el pesar que causa la ingratitud de los que se han amado. Yo trataba de hallar en sus labios esa chispa de desden i compasion que inspira a una alma grande la bajeza de aquellos a quienes se ha servido. Pero no la he encontrado. A mas, esas mejillas debian estar un tanto pálidas, porque cuando habla el alma, creo que toda la sangre se agolpa al corazon. Tambien he tratado de ver el entusiasmo, la admiracion, en los que lo rodean, i he encontrado solo una sonrisa helada, i un ¡viva! que tiene mucho de la orjía. Yo creo que podré decir esto en disfavor de ese cuadro, no teniendo palabras para espresar mi admiracion por los que Ud. me ha dicho que pertenecen al mismo pincel. Cien que valgan menos que aquellos, no podrán quitar la gloria al artista que los ha pintado. ¿No es Ud. de mi opinion?

—¡I cómo no serlo, Ofelia, cuando Ud. ha descubierto a mis ojos lo que verdaderamente falta a esa tela?

—¡Vamos! ¿quiere Ud. hacerme ruborizar? me preguntó sonriendo. No le daré mas mi opinion.

—¡Oh! eso seria una crueldad, Ofelia; mire Ud. ese magnífico guerrero rodeado por los indios. ¿Qué le parece a Ud? ¿No es cierto que ahí, en ese semblante pálido pero tranquilo, se vé una de esas almas grandes que sonrien en el peligro i que verian sin pestañear hundirse el mundo a sus pies?

—Ya le he dicho a Ud. que no le daré mi opinion me contestó Ofelia.

—Sin embargo, será necesario que lo haga. ¿Cómo pasar con los labios cerrados ante tantas imágenes que ha animado el jénio?

—Tiene Ud. razon; i ese cuadro, a pesar de que los indios están demasiado feos, demasiado recargados de un color que choca a la vista, me ha llamado bastante la atencion. ¿Qué es?

—Pedro Valdivia, le contesté, en el acto de ser inmolado por los indios. Su autor es el jóven artista don Nicolas Guzman.

—Si Ud. lo conoce, me dijo Ofelia con esa sonrisa picaresca que suelen usar las jóvenes para mostrar sus lindos dientes; si Ud. lo conoce, felicítelo en mi nombre, pero dígame que los indios no son tan feos.

—Siento no ser emisario de la reina del arte, le contesté adoptando su mismo tono de jocosidad. No tengo el gusto de conocer al señor Guzman.

—¿Quién es el autor de esa linda rubia tan preocupada de su lectura?

—El señor Pascual Ortega, le contesté viendo el catálogo.

—Es una linda rubia, ¿no es verdad?

—Sí, mui linda, repliqué. Ese cuadro, sin embargo, no

será jamas bien representado. El pincel no es bastante para darle toda la poesía i grandeza que necesita.

—¿Quién es ella?

—Laura leyendo a Petrarca. ¿Conoce Ud. esa historia?

—Nó; lo confieso. He oido, sí, mil veces esos nombres.

—Pues bien: yo voi a narrarla a Ud. en pocas palabras.

Petrarca, acaso el mas gran poeta del Universo, vió a Laura cuando ésta tenia veinte años, i se enamoró de ella con uno de esos amores que solo pueden sentir los jénios. Por un capricho del destino, aquel amor no fué jamas premiado; i el inmortal Petrarca, herido en su alma de poeta, lloró con sublimes versos aquel amor sin esperanza. Son esos versos los que Laura lee. Versos empapados en un amor grandioso e infinito i en que cada sílaba es un ¡ai! i cada estrofa una queja. ¿Puede el pincel, pregunto yó, copiar ese semblante que debe haber tenido algo de divino cuando fué capaz de inspirar un amor eterno a ese gran artista? Ahora, ¿qué debia sentir Laura al recorrer esas páginas que ella habia arrancado del alma del poeta? ¿Cómo pintar el orgullo, la ternura, la tristeza que debia sentir esa jóven al modular las suavísimas rimas del hombre que unció a su sien la corona de laurel que se acordó al primer poeta del mundo? Ud. que es mujer, Ofelia, ¿qué le parece que debe sentir Laura viéndose amada por Petrarca, el hombre a quien se disputaban los papas i los reyes?

—Tiene Ud. razon, me dijo Ofelia: el pincel no podrá llegar jamas a pintar ese poema. Pero, hai aquí mucho que ver, agregó. Demos una vuelta sin detenernos, a fin de que alcancemos a verlo todo hoi.

Ofrecí nuevamente el brazo a Ofelia, i despues de recorrer a la lijera el salon, salimos para ir al Gran Anexo.

—Pasemos a ver una curiosidad, le dije, ántes de continuar. Son unas máquinas preciosas para fabricar soda.

Nos dirigimos a la *sodería* en que yo habia pasado tantos afanes, i pedí tres copas. Ofelia tomó *naranja*, la compañera *piña*, i yo me contenté con lo que la sonrosada francesa me diera.

Tuvo ésta la amabilidad de agregar un poco de coñac a mi copa; i yo, que ignoraba que esa amabilidad debía aumentar el valor de la bebida, saqué tres francos i los puse en el mostrador.

—Son setenta centavos, me dijo ella con su mas amable sonrisa.

—Ud. dispense, me habia equivocado, balbuceé yo rojo como una guinda i agregando veinte centavos mas.

—Aquí está la vuelta, me dijo ella presentándome un décimo.

Hice un jesto de gran señor para manifestarle lo poco que valia a mis ojos esa moneda, i salimos despidiéndome yo de ella con una sonrisa por demas amable.

Si no hubiese estado con Ofelia, creo que habria tomado otra copa. Me gustaba eso de ser servido por una francesa *comm' il faut*.

Debo advertirte que me habia olvidado completamente de mi acreedor; i saldada de esta manera su cuenta, yo era enteramente dueño de mi bolsillo.

Vas a ver que no hice mal uso de tal derecho.

El sol abrazaba, i en el corto espacio que separa la *sodería* de una de las puertas del sur, Ofelia lamentó el haber olvidado su quitasol.

Como nada podia yo hacer en aquel instante para remediar su olvido, me apresuré a llegar pronto al salon, acor-

dando con Ofelia el visitar el Gran Anexo en otra ocasion.

Esta vez recorrimos sin detenernos las pinturas extranjeras, prometiéndonos volver bien pronto a analizarlas, i llegamos a la sala en que, a mas de pinturas, hai algunas mesas i otras curiosidades, que por ser muy preciosas, las han creído dignas, sin duda alguna, de figurar entre las bellas artes.

Puedes concebir cuanto llaman ahí la atencion esos objetos, estando en un lugar tan inadecuado.

A la derecha, llegando por la sala mencionada, hai un armario que contiene quitasoles i otros adminículos para mujer.

Antes de que Ofelia pudiese verlos, pensé dar una media vuelta i escaparme, porque el corazon me decia que mi bolsillo iba a sufrir un gran descalabro. Pero por una de esas composiciones que suele hacer el cerebro para satisfacer a la vanidad, me dije que no era posible que estuviesen a venta hallándose casi toda la jente en la sala del concierto.

—Quedaré como jeneroso, me dije, i mi bolsillo no lamentará el menor desfalco.

Luego, para no perder ni aun el valor del descubrimiento, exclamé aparentando una inmensa satisfaccion:

—¡Qué casualidad!... Aquí tenemos hermosos quitasoles!... Veamos, Ofelia, si hai quien pueda proporcionarnos uno.

—¡De ningún modo! exclamó ella. Ya en el resto del dia no tendré necesidad de él.

Mientras cambiábamos estas palabras, habiamos llegado frente al armario.

¡Ya no era posible retroceder! I lo que es peor, ya no tenia escapatoria!

Un jóven, encargado para la venta, se habia apresurado a abrir de par en par las puertecillas i echaba mano a los mas vistosos quitasoles que he visto en mi vida.

Ofelia se negaba porfiadamente a aceptarlos, i yo tuve que apelar a todo mi influjo para obligarla a escojer uno.

En un pequeño papelito, colgado de un cordon, tenia cada uno su precio. ¡Al ménos tenia la esperanza de que el empleado no abusase de mi situacion!

Ofelia, la desinteresada Ofelia, recibia los unos tras los otros i noté que al descuido miraba los papelitos.

¿Comprenderia ella el estado de mi caudal?—No lo sé, pero es lo cierto que al fin elijió como mas bonito el de ménos precio que llegó a sus manos. En el extremo de la varilla; como un pequeño gallardete suspendido a una lanza enorme, voltejeaba un número 6 acompañado de un signo que no dejaba lugar a dudas.

¡Ud regalo de seis pesos!... Era una vergüenza!

—¡Eso no es posible! dije a Ofelia. Si usted ha de llevar algo de la esposicion, es necesario que sea una cosa digna de verse. Me va a permitir usted escojer uno a mi satisfaccion.

Sostuvimos un nuevo altercado; pero al fin, tomé un hermoso quitasol adornado con rosas i cordones de paja; le arranqué el precio para obligarla a aceptar, i pasándolo a Ofelia, le dije con mi mas suplicante voz:

—¡Sírvasse al menos aceptar éste!...

No era posible negarse a tan concluyente invitacion; i los ojos de Ofelia, mirándome con gratitud, pagaron mi pequeño obsequio con usura.

El número que yo habia arrancado, valia ¡14 pesos!

Pero aun debia agregar otra partida a gastos imprevistos.

Habria sido una descortecia que no obsequiase algo a la compañerita de Ofelia. Escojí un lindo canastillo que podia usarse como los antiguos ridiculos, i repetí la misma operacion.

Esta vez, el número que habia cortado solo importaba 2 pesos, lo que no podrás negar que era una gran economía.

Estoi seguro que mi acreedor en aquel instante se acordó de mí, por cierta afinidad que debe existir entre el deudor, el acreedor i el dinero que se les ha dedicado.

Para no entretenerte en estas nimiedades, te diré que en cambio de dos rubios cóndores que pasé al amable vendedor, recibí cuatro miserables escuditos que fueron a sepultarse en mi bolsillo.

Desde aquel momento, la esposicion sonreia para mí como el mundo entero sonrie a los enamorados.

Pasamos por la sala destinada a las fotografías; entramos al pabellon en que el Brasil exhibe sus productos, i sin detenernos en ninguna parte, puesto que debiamos volver muchas veces para examinarlas con detencion, salimos por la puerta lateral que dá frente al estenso galpon de Rossettes.

De ahí al Restaurant Internacional, no habia mas que unos cuantos pasos. ¿Cómo no visitarlo? I una vez en él, ¿cómo no pedir helados para Ofelia i su compañera i una botella de cerveza inglesa para mí? ¿I quién toma cerveza al lado de dos bellas jóvenes, una de las cuales hace latir nuestro corazon, sin desear un buen cigarro puro?

Total de tales deseos con la propina dada al mozo, 2 pesos.

Placer baratísimo, tanto mas, cuanto que al salir de ahí, veia mas rosado el sol, mas verde el musgo que bordaba los

senderos, mas bellas i seductoras las perspectivas que nos rodeaban. Todo tenia para mí un dulce atractivo. El agua que goteaba en las fuentes, la fina arena que crujía bajo nuestros pies, los acordes de la orquesta que llegaban hasta nosotros mezclados con el ruido de las máquinas animadas por el vapor, i las mil cosas, en fin, que se sienten sin poderse describir, cuando uno se encuentra en semejante lugar, llevando al brazo una mujer a quien se adora, en la cabeza unas copas que lo entusiasman i en el corazon una esperanza que lo fascina. Ofelia me dejaba leer poco a poco en su corazon, i por esto yo, al recorrer la Esposicion, ese álbum de las artes i de la industria, encontraba todo iluminado con los matices de mi fantasía.

Ofelia no quiso apartarse demasiado del palacio, i por esto nos dirijimos a la seccion de las máquinas.

Como ya te he dicho ántes, no teníamos intencion ni tiempo para detenernos en nada; lo único que exitó nuestra curiosidad, fué una gran bomba a vapor para estraer el agua de una mina o de un pozo cualquiera. Una ancha boca arrojaba el agua a torrentes miéntras de un modo ensordecedor, las ocultas válvulas revolvíanse en sus ejes de hierro. Diríase que aquella máquina habia sido fabricada por Neptuno para disecar los mares.

Mas allá una sierra, delgada como una hoja de papel, partia en dos un roble que entre diez hombres apenas habian podido suspender. La fina lámina subia i bajaba con vertiginosa rapidez; el robusto roble marchaba lento i perezooso recostado en rieles de acero; el director, calmado i tranquilo dirijia la sencilla operacion; i la máquina, esa palanca del progreso, aguijoneada por el vapor, ese ajente del poder, silvaba i se estremecia luchando con los elementos.

—¡Esto es grandioso! exclamó Ofelia. ¡Qué descubrimientos tan sorprendentes ha hecho el hombre!...

—Pero Ud. aun no lo ha visto todo, Ofelia. Mire allá: el mismo motor mueve aquellas máquinas. Aquí los grandes trozos de madera se dividen en tablas; ahí hai una máquina que las pule; mas allá otra que las corta, i pasando así, de máquina en máquina, llegan a salir convertidas en vistosas molduras llenas de innumerables calados.

—Entonces llamaremos a esta “máquina para hacer encajes” me dijo Ofelia sonriéndose.

—Tiene Ud. razon, le contesté; encajes de madera para adornar las galas de los edificios.

En aquel momento, por todas las puertas del palacio salia multitud de jente que se diseminaban aquí i allá por las avenidas i pabellones.

—¡Ai! exclamó Ofelia, el concierto debe haber concluido, i Margarita nos estará esperando. ¿Vamos?

—Vamos, repetí yo conteniendo un suspiro.

Cuando se ama, amigo mio, no hai cosa mas desagradable que los testigos. Me has oído alabar el bullicio de las máquinas i la melodía de la música; pero nada de esto es comparable a la armoniosa grandeza del silencio. Cuando solo hai dos oídos que escuchen nuestra voz; cuando mezclados al susurro del viento se oyen los acelerados latidos de un corazon; cuando, si vuestros labios dan o recojen un beso, parece que el sonido resbala en una colina sin fin; cuando solo las flores nos ven, cuando solo las aves nos oyen, cuando solo el aire nos rodea, cuando solo Dios nos contempla, entónces el placer es infinito, el goce es inmenso, i en fuerza de elevarnos sobre las miserias de la vida, llegamos a creer en nuestra pequeñez.

¡Qué de avaras miradas no di yo a esos sitios solitarios donde ha crecido el musgo, que es el elegante tapiz de las selvas, i donde se elevan los árboles, que son la cúpula majestuosa de los prados!

Solos yo con Ofelia, en uno de esos bosquecillos de abetos reteniendo entre las mias sus dos preciosas manos; apoyando ella la cabeza en mi hombro para reclinar yo la mia en su cabello; mudos los dos; sintiendo ambos nada mas que el latido de nuestro corazon i el revolotear de las ave-cillas; aspirando ella el aroma de las flores para dármelo a mí mas perfumado con su aliento; no pensar en nada mas que en el amor; no ver nada sino la luz de sus ojos fijos en los míos... ¡Vamos!... ¿No es cierto que esa seria una felicidad suprema?

¡Permitan los Dioses, que solo se ocuparon de amores, que yo goce alguna vez de un momento igual....

Por ahora volveré a mi narracion, i en ella verás que no está talvez tan distante ese dia.

Para no cansarte con minuciosidades que a nada conducen, te diré que nos reunimos a Margarita i su otra hermana, i juntos nos dirigimos al *Chalet* de los Pinos. Tomamos la avenida principal i dimos vuelta al lago por el lado del poniente hasta llegar a un sendero bordado de rosas, a cuyo término se halla el Restaurant Oddo.

Aquel hermoso círculo, formado con robustos pinos cuyas negruzcas copas mecia perezosamente el viento, estaba invadido por los paseantes.

La amenidad del lugar; la baratura relativa del servicio en el *restaurant*; el *carrousel* que con sus pintorescos colores atrae a la juventud; el columpio i ejercicios gimnásticos que llamaban a la niñez; una rifa, en fin, que tentaba a todos,

hombres, jóvenes i niños a probar fortuna, eran, lo confesarás, poderosos motivos para atraer una numerosa concurrencia.

Cediendo a mis exigencias i en gran parte a sus deseos, Ofelia i sus amigas subieron a los coches del *carrousel*.

Yo estaba contentísimo con ocupar al lado de Ofelia uno de los caballitos, que aunque mui briosos en apariencia, son admirables por su mansedumbre.

Los que no tenian como yo una dama a quien mirar i atender, armáronse de pequeños fiorettes sin punta para pescar anillos.

Cuando cada uno hubo dado diez centaves por sí, i yo los hube dado por mí i mis amigas, dióse la señal de partida.

Un caballo, un verdadero caballo de carne i hueso empezó a dar vueltas con nosotros i nosotros a dar vueltas con él. Un organillo oculto en el centro del *carrousel* regalaba nuestros oídos con una música infernal; pero que oída al galope i en medio de las risas de las niñas i el tis-tas de los fiorettes que ensartaban los anillos, hacia un efecto agradable.

Si por mi parte te he de decir lo que sentia, te confesaré que para mí fueron verdaderos momentos de placer.

Aquellas vueltas rápidas, vertijinosas, en que los objetos pasaban como impelidos por una fuerza infernal; el aire que azotaba mi frente, la emocion que se pintaba en el semblante de Ofelia al sentirse como yo arrastrada por una fuerza poderosa i llena de una picante voluptuosidad; aquel correr sin avanzar, ir siempre mas allá sin salir de un punto dado; sentirse arrebatar de la tierra sin probar las sacudidas de la locomocion; todo aquel movimiento sin semejanza posible, en que hai algo del carro que rueda en el acero, del globo que se mece en el espacio i del buque que se balancea

en el mar; todo esto, para uno que prueba esas sensaciones por primera vez, tiene mucho de voluptuoso i atrayente. Te confieso que si ese juego no se hubiera destinado a los niños, yo pasaria montado horas enteras en esos pequeños caballitos, por mas que tenga algo de ridiculo eso de ver colgando unas grandes piernas de un pintado trozo de madera.

Fué tanto lo que nos agradó el *carrousel* que dimos siete u ocho vueltas sin dejar nuestra colocacion. Eso sí que por cada vuelta, i aun cuando nosotros no cambiáramos de lugar, de mi bolsillo salian cinco décimos para no volver.

¡Bagatela! ¿qué eran cincuenta centavos cuando yo podia aprender ahí un nuevo método de locomocion?

Nuestro prolongado ejercicio necesitaba reposo i lo fuimos a tomar en el *restaurant*.

Helados, dulces, algunas copitas de un suave licor, i vednos prontos para emprender una nueva campaña. Ya en ese momento no me acordaba de mi acreedor,

La rueda de la fortuna o la «*Tómbola parisiense*» como su dueño la nombra, nos llamaban a probar suerte.

Aquella rifa es baratisima: por diez centavos se recibe una tabla con diez números; cualquiera de ellos que salga, dan derecho para escojer un objeto cualquiera de los muchos que hai en exhibicion. Parece la cosa mas sencilla apartarse de ahí con un grueso atado de cigarros puros, o una botella de esquisito licor.

Yo tomé cinco tablas para repartirlas entre mis compañeras.

Jiró la rueda i la agujeta marcó uno de los mil números que la circundan.

—¡Perdimos! exclamé alegremente.

I dirijiéndome al de la rueda, agregué:

—Vamos, vengan otras cinco tablas, que allá van otros cinco décimos.

—Tienen Uds. mui mala suerte, dije a Ofelia i sus amigas cuando la rueda hubo dado la vuelta con el mismo buen éxito para el que la movia.

Ellas protestaron i me hicieron ver que yo tampoco *acertaba*; pero yo insistí en que debíamos seguir tomando tablas hasta ver quién era el favorecido por la diosa fortuna.

No sé hasta donde llevé mi capricho i hasta qué punto huia de mí la diosa que invocaba; lo que sí recuerdo es que, en una de las veces que dió vuelta la rueda, Ofelia encontró en su tabla el número que marcaba la agujeta; pero sea que nosotros no supiéramos el juego, o que el frances lo supiera demasiado, lo cierto es que él encontró razones mui convincentes para probarnos que no teníamos derecho a nada.

Ofelia i Margarita me han dicho despues que fué una trampa de mala lei, lo que yo no sabré decirte si es verdad, porque solo pensaba en que Ofelia no me hiciese trampa su amor.

Al separarnos de ahí, i viendo yo que se acercaba la hora de la partida, no sé por qué deseaba volver a la *sodería* que habia visitado; felizmente Margarita se opuso diciendo que era necesario ir a comer.

Las acompañé hasta la puerta, i durante la travesía tuve oportunidad de sostener con Ofelia el siguiente diálogo:

—¿Cuándo volverá Ud. a la Esposicion? le pregunté.

—Lo mas pronto posible.

—¿Mañana?

—¡Ah! nó; no tendria con quien venir.

—¡Ofelia! ¿Por qué no me dá Ud. el placer inmenso de que yo la acompañe?

—Porque muchas personas lo censurarian.

—Pero mañana no habrá casi nadie aquí, i nosotros podríamos ver todo con detencion. A mas, aun cuando álguien nos viese, ¿qué diria? Seria tan delicioso para mi ver con usted tantas maravillas!

—Mañana me resolveré, dijo Ofelia sonriéndose.

—¿Debo ir a saber cuál ha sido su resolucion?

—Bueno; vaya Ud. a las diez i almorzaremos juntos si Ud. quiere acompañarme.

—¡Oh, si lo quiero! exclamé yo entusiasmado. Iré, i no me apartaré de su lado hasta que me acuerde el favor de...

—Chitt, me dijo Ofelia; no quiero que sepa nadie esto.

Habíamos llegado a la reja, i cerca de ella estaba el coche de Margarita, la que me invitó para que las acompañara a comer i ocupara un asiento a su lado.

Reusé ambas cosas como era natural, i me separé de ellas cambiando con Ofelia una tierna mirada.

Mientras el elegante coche se alejaba, yo me quedé apoyado en la baranda dando vuelta en mi imaginacion a un curso completo de amarga filosofía.

Hubo un momento en que me pregunté qué iba a hacer yo amando a Ofelia. ¿Debia pensar en hacerla mi esposa? ¿Me contentaria con un amor de esos que han llamado platónicos?—Lo primero seria una espléndida fantasía i lo último una bien poca realidad.

Antes de engolfarme en pensamientos que me llevaban a la melancolía, entré nuevamente a la quinta para recorrer esos senderos que me parecían llenos de un encanto seductor.

En vez de marchar hácia el poniente, en que los árboles son mas elevados, los senderos mas estrechos i los sitios mas

propios para la meditacion, tomé la ancha avenida que se dirige al sud i que termina en la casa para colonos.

No bien habia llegado frente al palacio, cuando me encontré de improviso con la vendedora de soda.

—¡Qué felicidad! la dije queriendo matar con un rato de broma el mal humor que principiaba a apoderarse de mí; ¡Qué felicidad! Iba a buscarla a Ud.!

—¿Es posible? me preguntó con su gracioso acento extranjero.

—Sí, mui posible, contesté colocándome a su lado; porque habiéndola visto a Ud. una vez, se desea verla mil.

—¡Oh! gracias!... Es Ud. mui lisonjero!...

—Cuando se dice la verdad, desaparece la lisonja, señorita. La Esposicion no ha tenido hoi para mí mas que una cosa bastante bella.

—¿Cuál?

—Sus hermosos ojos...

—¡Oh! eso no es verdad!... Si fuera cierto, habria Ud. ido muchas veces allá.

—No era posible; andaba con mis hermanas.

—¡Ah! ¿eran hermanitas de Ud. las señoritas que lo acompañaban?

—Sí; mis dos hermanas menores. ¿I dónde va Ud. ahora?

—A comer, pues, caballero. ¿Es que ya Ud. comió?

—Ni lo habia pensado por acordarme de Ud. Pero, a propósito: veo aquí, a nuestra derecha, el Restaurant Internacional, i creo que haríamos mui bien en comer aquí.

—¡Oh! nó, eso no seria posible!... Doi a Ud. las gracias!...

Las reticencias con que dijo esto, i una mirada avara que dió al restaurant, me hicieron comprender que mi convite estaba aceptado de hecho ya que no de dicho.

Exijí i se escusó; insistí i aceptó.

I entre mi exigencia e insistencia, i su escusa i aceptacion, nos encontramos, no solo en el interior del restaurant, sino instalados a una mesa de mármol i con un *oficioso* al frente.

Luego el mármol se cubrió con un mantel, el mantel con platos, botellas i cubiertos, i sin hallarnos en la seccion de las máquinas, pudimos oír la explosion del vapor en el corcho que volaba al techo, i el claro sonido del acero en el chocar de nuestras copas.

La Francia, alegre, bulliciosa, espiritual, me rodeaba con sus dos mas poderosos atractivos: el champagne i las francesas. Puedes inferir que nuestra comida tuvo toda la alegría i vivacidad del carácter de la última, sin que faltaran los chispeantes i espirituosos ímpetus del primero.

El castellano, cuando se habla con labios un tanto entorpecidos por el licor, i sobre todo cuando se habla con una francesa, es la lengua mas prosaica i desabrida para mí. Desde las primeras copas lo eché a un lado, creyendo que nada habia mas espresivo que un *je t' aime* modulado sabe Dios cómo. I si bien es cierto que por cada palabra francesa ensartaba dos españolas i muchas que no pertenecian a ningun idioma, tambien lo es que en ese momento yo creia con bonísima fé que hablaba el mas pulcro frances.

Aquellos agradables momentos, era necesario pagarlos, no obstante. ¡Ya se vé! ¡Cómo no pagar los placeres terrenales cuando hai que comprar hasta los divinos?

Dieziocho pesos por una comida *a la francesa*, con champagne i una francesa, puedes comprender que no era un gasto de sentir. Sobre todo, yo me creia mui cerca de llegar al centro de la Francia, habiendo principiado mi excursion por la práctica del idioma. — *No. Siguen.*

FIN TEXTO